

# EL LENGUAJE SECUESTRADO.

*Language kidnapped.*

*La forkaptita lingvaĵo.*

**Antonio Orihuela Parrales** (CNT-ATT, Sindicato de Oficios Varios de Mérida).

Enviado: 02/09/20013. Aceptado: 17/09/2013.

**Resumen:** El lenguaje no solo es el elemento por el cual dotamos de sentido a nuestra realidad inmediata, sino que también nos constituye como sujetos, articulando nuestras identidades, individuales y colectivas. Por lo tanto, adquiere automáticamente un marcado sentido político. A su vez, es una construcción social que se reproduce y reconfigura constantemente. Es plástico y maleable, como la propia identidad subjetiva. Este artículo repasa algunos de los muchos casos de manipulación del lenguaje que nos ofrece la historia reciente. Desde los eufemismos de los medios hasta la reinterpretación interesada de hechos históricos, imprescindible para cualquier identidad nacionalista, pasando por los ejercicios de exclusión, desplazamiento y olvido que han sido necesarios para acabar con la cultura y la identidad propias de las clases populares. Y sobre todo el texto pende una ominosa certeza: cuando la narración no fue suficiente para lograr estos objetivos, no faltó la retórica de las balas.

**Palabras Clave:** Lenguaje, discurso, manipulación, identidad, cultura.

**Abstract:** *Language is not only the device that allows us to make sense of our reality, but it also turns us into subjects, as it puts together our identities, both individual and collective. Therefore, it automatically has a distinct political character. At the same time, it is a social construct, constantly reproduced and reshaped. It is as plastic and changing as subjective identity itself. This article aims to analyse some of the many instances of language manipulation that can be found in recent history. From euphemisms in the media to*

*the interested re-apprehension of past events that is a must for any kind of nationalism, including the exercises in exclusion, shifting and oblivion that have been necessary to erase the identity and culture proper of the lower classes. But in the text there is always the same underlying certainty: when narratives were not enough for these ends, there was never a lack of bullets.*

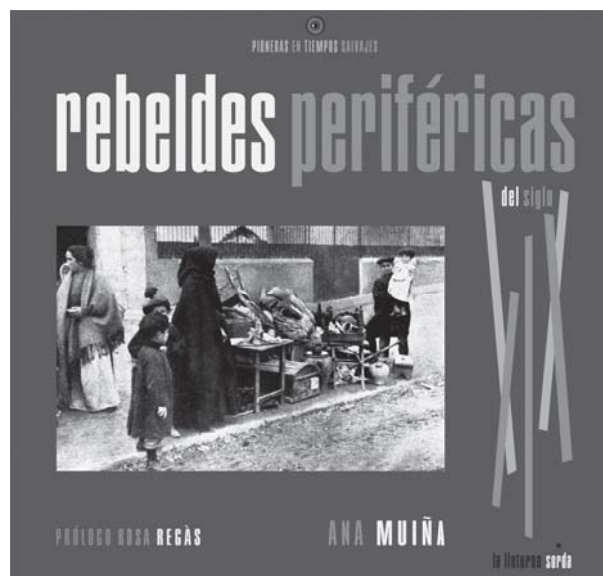
**Key words:** *Language, discourse, manipulation, identity, culture.*

**Resumo:** *La lingvaĵo ne estas nur ilo per kiu oni havigas sencon al onia tuja realo, sed ankaŭ konstituas onin kiel subjektoj, artikule oniajn identecojn, kaj individuajn kaj kolektivajn. Tiele ĝi akiras aŭtomate markitan politikan signifon. Samtempe temas pri socia konstruaĵo kiu reproduktiĝas kaj reiĝas konstante. Estas plastika kaj maleebla, kiel la propra subjektiva identeco. Tiu artikolo revizias kelkajn el la multaj kazoj de manipulado de la lingvaĵo kiun proponas al oni la ĵusa historio. Ekde la eŭfemismoj de amaskomunikiloj al la interesita reinterpretado de historiaj faktoj, havenda por ĉiu ajn naciista identeco, tra ekzercoj de ekskludo, deflankigo kaj forgeso kiuj estis necesaj por finigi la kulturon kaj la identecon proprajn de la popolaj klasoj. Kaj super la tuta teksto pendas peza certeco: kiam la diskurso ne sufiĉis por atingi tiujn celojn, ne mankis la retoriko de kugloj.*

**Ŝlosilaj vortoj:** *Lingvaĵo, diskurso, manipulado, identeco, kulturo.*

Bajo el cascarón de la posmodernidad se fríen hoy tortillas conceptuales cuando menos paradójicas. Con idénticos conceptos, la posmodernidad elabora un collage que lo mismo sirve para calificar al nihilismo que al fundamentalismo, a la globalización y a los estudios que celebran lo local, al fin de la Historia y a la continuidad de los historicismos, a la aniquilación del sujeto y a la conmemoración del narcisismo cómo único horizonte vital, a la omnipotencia del mercado y la defensa medioambiental, a la desaparición de lo político y la conmemoración de lo político, a la exaltación de lo líquido y el entusiasmo por el peso de la industria militar, a la desmaterialización de la economía y los 500 millones de toneladas de hormigón que cayeron sobre la geografía española sólo en el año pasado. Viéndolo así, bien pudiera ser que en España nos hubiéramos adelantado a la posmodernidad cuando, hace años, se crearon dos nuevos ministerios, el de Medio Ambiente y el de Vivienda, ambos sin competencias reales sobre los que debían ser sus respectivos ámbitos de actuación, pero utilísimos para ayudarnos a convivir con los problemas ecológicos-ambientales y los derivados del encarecimiento de la vivienda a través de oportunas campañas de imagen. El cinismo como política de Estado no es nuevo, descubrir que el jefe de la policía es el mismo que el jefe de los grupos revolucionarios tampoco debería serlo, al fin y al cabo, ¿qué puede quedar al margen del poder, qué puede ser excluido o no ser representado en nuestra sociedad? De lo que la política no se encarga, como nos recuerda Carlos Arenas en su novela *Las Serpes*, se encarga la policía.

Las palabras y las cosas, sí; ante el centrifugado de lo real y el vacío de sentido que promueve el poder acaso sea la revolución devolver el significado a las palabras, provocar un desplazamiento de los significados para el que no hallaríamos genealogía alguna. Qué sería de nuestro pasado y, sobre todo, cómo sería nuestro presente si las insurrecciones ludditas o el sabotaje a las fábricas, hoy descritas como actos de primitivismo obrero sólo comprensibles en países subdesarrollados, fueran vistas como resistencias a la industrialización y a los modelos de intensificación productiva propios del capitalismo. ¿Volveríamos a seguir a aquella desenvuelta cigarrera del barrio de Lavapiés llamada Encarnación Sierra que, al grito de: “¡ARRIBA NIÑAS! VAMOS A DESTROZAR LAS MÁQUINAS”, puso en pie de guerra a cinco mil mujeres que desguazaron todas las máquinas de liar



tabaco que acababan de instalar en la fábrica porque iban a quitar muchos puestos de trabajo?

Qué sería de nuestro pasado y, sobre todo, cómo sería nuestro presente si el cambio a la propiedad colectivizada, a las relaciones horizontales y assemblearias, hoy descritas como asaltos a la propiedad y quiebra del orden político, fueran vistas como destellos de un comunismo libertario que tantas veces se ha ensayado por las masas como pisoteado por los detentadores también del lenguaje. Qué sería de nuestro presente si se argumentara la quema y destrucción del patrimonio eclesiástico no como el efecto de la iconoclastia revolucionaria de las izquierdas sino como la eliminación violenta de los instrumentos de alienación, sumisión y control social que sigue ejerciendo la Iglesia... ¿Háramos caso a Fermín Salvochea cuando escribió allá por 1874: “¡NO TRABAJAD MÁS!”, nos reconoceríamos en nuestros abuelos colectivistas, ocuparíamos las fábricas y los bancos, haríamos la gran hoguera en la plaza, no ya de santos, sino de TDT's y televisión por cable...?

El empleo se puede ver como la forma aislada y exclusiva que da derecho al acceso a bienes y servicios o bien considerar, por el contrario, que lo que hace factible que exista algo llamado mercado laboral es una tupida red de relaciones, intercambios y trabajos no mercantiles, es decir, que están más acá de ese mercado que da derecho a bienes y servicios. Es esa red invisible que queda fuera del mercado laboral, regenerada de forma cotidiana, conciliada intergeneracionalmente, la que sostiene la vida en

su conjunto, la que permite la existencia de lo que el capitalismo llama mercado laboral y la que absorbe sus conflictos. Si esa red es atacada y degradada, si se vuelve insegura su reproducción, si se quiebran las expectativas materiales y emocionales de la gente en la creencia que el mercado laboral podrá sustituirla con éxito, lo que encontraremos será hipersegmentación social, más desigualdad, más precariedad, más exclusión, más degradación y descontrol social.

De entre todas las luchas legítimas, hay una que se resiste a ser aceptada y puesta en práctica común. La lucha que nos llevaría hacia la felicidad colectiva es siempre un asunto aplazado por la izquierda y criminalizado por la derecha. Todas las imágenes que giran en torno a la felicidad nos recuerdan que la felicidad es algo que sucede individualmente, en el ámbito de lo privado.

En el siglo XIX la fábrica fue reemplazada por la ciudad como motor del cambio y la revuelta, en los años setenta del siglo pasado la ciudad fue reemplazada por la vida cotidiana y a principios del siglo XXI la vida cotidiana ha sido reemplazada por internet. ¿Habrá proyecto totalitario más radical que éste al que cada día contribuimos con nuestro trabajo vivo para producir gratis todavía más excedente para el hermético monopolio de las corporaciones que lo controlan, lo dominan, lo desarrollan y lo poseen?

¿Será que es imposible ocupar la metrópolis y ocuparnos de nosotros mismos? ¿Tendremos que ser, desde la cuna hasta la tumba, niños tutelados por el Capital y sus sistemas políticos? ¿No cabrá, en este reino de la muerte, otra posibilidad que rendir sumisión al Capital y al Estado?

¿De qué se trataba cuando empezó todo, de compartir códigos binarios o de compartir la tierra, las casas, los medios de producción, los orgasmos y la libertad?

Internet se puede ver como la puerta de acceso a la democracia y la información, al conocimiento y a los amigos, o como la herramienta que nos aleja de la democracia, del conocimiento y de los amigos. Depende si uno apuesta por el trato personal o el trato relacional, pero el problema es que, reclusos en la red, el único trato posible es el relacional, el despliegue de lo intrincado, lo virtual y lo distante se impondrá así como sucedáneo de lo personal.

Lo presencial no solo vive actualmente una crisis severa sino que los afectos se desplazan hacia lo fantasmático, donde son derrochados y entregados sin tasa, y lo que empieza a dar miedo son los cuerpos reales.

Igualmente, los derechos de autor se pueden ver como el instrumento legal que asegura los derechos patrimoniales de un creador sobre su obra, regulando la copia y difusión de la misma o bien como otro obstáculo más a la libre difusión si hacemos nuestra la tesis de que nada hay de original en la creación artística, ya que toda obra es remezcla, mestizaje, cruce, traducción, préstamo y puesta al día de obras creadas en el pasado y reinterpretadas cada vez en el presente.

No desvelamos nada. En los cuadros de Rembrandt, Frans Hals, Jan Brueghel, Rubens o Jacob van Ruisdael es difícil saber dónde termina la mano del maestro y empieza la de sus discípulos.

Sería absurdo pues otorgar a sus creadores, intérpretes y productores derechos de exclusividad sobre una creatividad que no solo surge de los saberes socialmente compartidos sino que, más aún, solo es posible y comprensible en la medida que se inscribe en un imaginario común, forjado por experiencias compartidas que no vienen dadas ni por la naturaleza ni por lo biológico, sino que han sido fruto del constante adiestramiento en lo social y, por tanto, forman parte del dominio público. Paradójicamente, en este debate tendríamos que reconocer a la corporación Disney entre las abanderadas en la lucha para que los derechos patrimoniales del autor, lejos de limitarse como ocurre en la actualidad, sean considerados a título de perpetuidad y no tengan una fecha de caducidad a partir de la cual pasen a dominio público. Algo chocante si tenemos en cuenta cómo se construyó esta maquinaria de colonización del imaginario infantil que ha llegado a ser la compañía de dibujos animados más poderosa del mundo. El mismo Walt Disney no sólo terminó apropiándose del ratón Mickey, que en realidad era obra de su compañero de estudio Ubbe Iwerks, al que le había robado la idea en 1928, fechoría a la que los Simpson dedicaron un rocambolesco homenaje en un capítulo absolutamente memorable protagonizado por el "autor" Roger Meyers Sr. y el indigente Chester Lampwick; sino que cualquiera que haya visto *Fantasia* puede descubrir en ella el influjo del arte japonés y la presencia insos-



layable del arte expresionista alemán, con abundantes referencias a *El Gabinete del doctor Caligari*; igualmente ocurre con *El Doctor Loco* que es una copia en dibujos animados de *Frankenstein* o *La tienda de los animales* que lo es de *King Kong*. En *La Bella Durmiente* Disney saquea las salas de las pinacotecas europeas dedicadas al romanticismo, los prerrafaelitas y el gótico primitivo; y no mejor suerte corrieron las fábulas de Esopo o La Fontaine, los ilustradores del siglo XIX o los cuentos de Grimm (*Blancanieves*, *Cenicienta*, *El gato con botas*). Ni un duro pagó en derechos de autor este admirador de Hitler y amigo de Mussolini por *Peter Pan*, *El libro de la selva*, *Alicia*, *Pinocho* o *20.000 leguas de viaje submarino*, y después de su muerte las cosas, lejos de mejorar, no han hecho más que sacar a la luz clamorosos refritos como el *Aladdin* de *Las Mil y una noches*, cuando no plagios puros y duros, en el caso de *Atlantis* que es un calco del cómic nipón *Nadia o el secreto del agua azul* o *El Rey León*, en realidad un plagio del libro de Osamu Tezuka que treinta años antes había dado a la imprenta el cómic titulado *Kimba el león blanco*, que si apuramos también podría considerarse un refrito de *El Rey Lear* de Shakespeare al que hoy se le discute la autoría de esta obra.

Julio Verne se podría seguir considerando como el apóstol literario del progreso científico si no fuera por una obra,

nunca publicada en vida del autor y que tuvo que esperar hasta 1994 para ver la luz en Francia, que lleva por título *París en el siglo XX*. En la misma, Verne, tras su éxito inicial de ventas con sus primeras novelas, intenta que su editor publique este relato que muestra, con grandes dosis de anticipación, el mundo sombrío que hoy nos toca vivir, dominado por el materialismo, el dinero y la tecnología sin alma. La novela abunda en tintes biográficos (las propias dificultades económicas encarnadas en la pobreza y el hambre que tuvo que arrostrar Verne al principio de su vocación literaria) y ramalazos de un pensar anarquista y antimoderno. En la misma, un joven con un brillante porvenir en el mundo de las finanzas, decide abandonarlo todo para hacerse escritor en un mundo hostil que desprecia la literatura tanto como se inclina ante economistas, matemáticos y técnicos. En la época en que está ambientada la novela, años sesenta del siglo XX, la única salida para un escritor es convertirse en un mercenario de las letras, escribir obras de repertorio, acríticas, neutrales, blandas, que recrean narraciones, cuentos, fábulas, dramas, vodeviles y comedias de siglos anteriores pero vaciadas de todo contenido literario, simplificadas y reducidas a tramas tan facilonas como insustanciales que requieran poco entrenamiento lector y menos participación intelectual del espectador. Las obras, producidas bajo régimen industrial fordista dirigido por el Estado,

movilizan a un ejército de escritores, intelectuales y artistas que colaboran y participan aportando sus ideas, desarrollando escenas y construyendo fragmentos que luego son ensamblados en esta fábrica de productos literarios propiedad del Estado que es quien subvenciona, controla y decide sobre la pertinencia del producto final. Incapaz de adaptarse a estas circunstancias, el protagonista opta por abandonarlo todo, convertirse en uno de aquellos desaparecidos bohemios de los que había oído hablar y centrarse en la creación de un libro de poemas con el que no consigue más que aumentar su hambre, su desesperación y finalmente su muerte ante la incompreensión y la indiferencia de todos. El pesimismo de Verne en esta novela es palpable. No solo desconfía de los adelantos técnicos y científicos sino que, frente al resto de sus obras, se horroriza al ver cómo sus materializaciones: automóviles, trenes de alta velocidad, calculadoras, electricidad, rascacielos, internet, etc., no han ayudado en absoluto a la culminación del proyecto humanístico y revolucionario de la Ilustración. Al contrario, la sociedad que describe Verne es una sociedad de analfabetos que desprecian el arte y asquean de la lectura o que a lo más se refugia en culebrones, una sociedad obsesionada con el dinero, deprimente, miope, masificada, aburrida, hipertecnificada y estatista, donde los números han vencido a las letras; nadie estudia ni lee a los clásicos, la gente está sola, vive para un presente banalizado por los medios y recibe tal cantidad de información que es incapaz de retener nada. Estamos ante una sociedad sin memoria y por tanto dispuesta a repetir incesantemente sus tragedias cotidianas como inevitables. Gracias a ello, los tecnócratas, los mercaderes y los banqueros dominan el mundo. *“Ese diablo del Progreso nos ha llevado a todos adonde estamos... ¿Quién podría quejarse de una organización que mataba la personalidad de la gente?”*, dice Verne en este libro que desvela la utopía de la Modernidad como un auténtico infierno. Un infierno que el editor de Verne, como ese Estado paternalista y opresivo que se recrea en la novela, también prefirió ocultar a sus lectores.

La Guardia Civil se puede ver como el primer cuerpo de seguridad pública de ámbito nacional que actuó en España con la misión primordial de proteger el libre ejercicio de los derechos y libertades de los españoles y garantizar la seguridad ciudadana, bajo la dependencia del Gobierno de la Nación o bien como otro episodio más de la socialización de pérdidas y privatización de beneficios

al que el capitalismo nos tiene tan acostumbrados. En este caso, la creación de la Guardia Civil por parte del Gobierno en 1844 se justifica por la necesidad de solventar el grave problema de seguridad pública que, según ellos, existía en las zonas rurales. ¿Pero, cuánto hay de verdad en esto? A las tímidas medidas reformistas que se van sucediendo entre el reinado de Carlos III y la segunda Guerra Carlista por colocar a España en la modernidad capitalista, la nobleza territorial, cuya concepción de España no iba más allá de su cortijo, reaccionó cerrando filas para preservar sus privilegios a través de una sabia mezcla de victimismo, constante de desagravio ante las medidas que le perjudicaban y violencia organizada. Esta última materializada a través del sostenimiento de pequeños grupos armados a su servicio, destinados no solo a guardar el orden en sus extensas propiedades, cortijos y aldeas; también tenían por misión asustar a los alcaldes de los pueblos que no respetaran su jurisdicción y quisieran ir por libre, secuestrar competidores, extorsionar rivales, arrimar disidentes a sus causas e intereses y disuadir a los jornaleros hambrientos de asaltar sus propiedades, ejercer la rebusca en trigales u olivos, dedicarse a la caza furtiva o romper los vínculos vasalláticos que los adscribía a la tierra igual que en la Edad Media. Como el mantenimiento de esta cuadrilla, ociosa, levantisca, sediciosa y en la mayoría de los casos reclutada a base de elementos marginales de la sociedad, resultaba caro, y la generosidad de los terratenientes tenía sus límites, los mismos patronos también hacían la vista gorda, u ofrecían protección e inmunidad cuando por su cuenta y riesgo estas partidas cometían todo tipo de excesos o recurrían al lucrativo negocio del contrabando o el asalto de diligencias como forma de completar sus ingresos, eso sí, siempre fuera de la jurisdicción del señor al que servían. Obviando su auténtica función y naturaleza mafiosa, será este segundo tipo de actividades las que recogerá y exaltará la historiografía romántica dando carta de naturaleza al complejo fenómeno del bandolerismo. En lo que aquí nos interesa, esta alianza estratégica entre la oligarquía agraria y una parte del lumpemproletariado se fortalece con la guerra de la independencia hasta el punto que muchos de ellos serán redimidos por la sangre y se quiebra años después, cuando a cambio de su encuadramiento en el Estado Nación la oligarquía rural recibe como contrapartida la creación de la Guardia Civil. Así pueden dejar de contribuir con su patrimonio al sostenimiento de esas mesnadas que aseguraban su poder y su dominio sobre el medio rural,



tareas en las que la Guardia Civil los viene a sustituir con indudables ventajas. A través de los impuestos estatales, los que han de ser vigilados y controlados serán entonces los que asuman el coste de su vigilancia y control. *“To lo tienen preparaol los civiles en los cortijos; por eso matan a los obreros para agradar a los ricos”*, denunciarán cantando bulerías por soleá los flamencos más conscientes, aunque bien es verdad, como recoge Andrés Martínez de León en su libro de 1938, *Oselito extranjero en su tierra*, que incluso antes de que existiera la Guardia Civil, *“nunca ha faltado quien le pegue un tiro a un pobre hambriento en defensa del amo”*.

Con la pérdida paulatina de sus apoyos, el bandolero enaltecido por los viajeros y escritores románticos comienza su lenta transformación; en el último cuarto del siglo XIX ya no es más que un vulgar delincuente. Disfrazados con camisa azul y protegidos por la retórica fascista volverán a hacer su aparición en el verano de 1936, cuando de nuevo las tareas de “saneamiento social” exigidas por la oligarquía caciquil se hayan vuelto tan urgentes como ingentes en las zonas controladas por los sublevados, pero eso es otra historia.

La Mano Negra la podemos seguir considerando como aquella organización anarquista, secreta y violenta que actuó en área de Jerez de la Frontera a finales del siglo XIX, asesinando, destruyendo cosechas e incendiando

edificios, o bien considerarla en su justo término como otro montaje policial más, en este caso para incriminar y desbaratar el potente movimiento obrero que se estaba fraguando en el campo andaluz al calor tanto de la extensión de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), de corte anarco-colectivista, creada en 1881, como de la pésima situación que viven los jornaleros del campo. Así, al asesinato de un campesino en 1882, las fuerzas del orden respondieron con una oleada represiva que llevó a la cárcel durante meses a más de seis mil personas en toda Andalucía, de ellas, dos mil en Cádiz y tres mil en Jerez, que sigue con multitud de torturas, palizas y vejaciones, y concluye con diez cadenas perpetuas y siete asesinatos tras una farsa judicial escandalosa donde, una vez más, se dieron la mano la judicatura, las fuerzas del orden y la prensa, todas ellas al servicio de los intereses de los grandes terratenientes de la zona.

Cincuenta y dos años después del crimen legal, durante el golpe de Estado militar, los descendientes de dos de los asesinados, los hermanos Corbacho, constataron hasta qué punto la derecha jerezana podía dilatar su sed de sangre a la hora de volver a colocar a los obreros en el lugar que, según ellos, les correspondía, bajo su yugo o en las fosas comunes.

¿Pero qué es lo que en realidad estaba en juego en esta guerra social donde los de abajo intentaban, organizán-

dose, cambiar su penosa realidad de abusos y miseria? Bastaría echar una hojeada a los datos del catastro para ver cómo, a finales del siglo XIX, el 42% de las tierras de España pertenecen a algo más de cien familias. La Iglesia, por su parte, conserva otro 20%; a ambas habría que sumarle un sinfín de propiedades inmobiliarias. En un país con más de 18 millones de habitantes, esta minoría acapara más de los dos tercios de toda la riqueza del país. Al otro lado, en su extremo, una masa de obreros intenta desarrollar un sindicalismo moderno que exprese sus reivindicaciones, y que, concentrados sobre todo en la mitad sur peninsular, encadenan, entre 1878 y 1905, un motín tras otro en su lucha por cambiar sus condiciones de vida. La alarma entre los terratenientes de la baja Andalucía por la creciente conflictividad que las organizaciones campesinas estaban promoviendo a favor de los derechos de los trabajadores (salarios mínimos, fin del destajo, limitación de la jornada, repartos de tierra, etc.) será lo que ponga en marcha la maquinaria represora del Estado, maquinaria que, con las lógicas variantes y acomodo a los tiempos, continúa hoy vigente, como bien saben los trabajadores del SAT.

Pero no todo lo explica la creciente conflictividad organizada de los obreros. También tendríamos que tener en cuenta que el sistema político caciquil que instaura la Restauración necesita de la docilidad y el beneplácito de los trabajadores para funcionar, para que las clases dominantes pudieran seguir haciendo su política libre por completo de injerencias obreras y donde se entendía que los derechos de estos no podían existir más que otorgados por la gracia y largueza de sus patronos, y para todo ello, para mantener a la masa en la más absoluta obediencia, nada mejor que tenerlos sometidos por el hambre. Incluso un gobernador civil, como Carlos Solsona, lo dejó así escrito en sus memorias sobre el campo andaluz, afirmando que el señorito andaluz no es avariento, que de hecho se puede gastar en una sola noche de juerga muchos miles de duros, *“más, mucho más, que lo que pudiera importar la diferencia de jornales que tanto se discutió... el propietario andaluz no es tacaño. Lo que no quiere es que la gente de abajo se acostumbre mal. En este juego está la realidad de la vida en la campiña andaluza. Y uno piensa con tristeza que todo esto desgraciadamente no lo acaba más que la violencia”*. La amenaza no está pues en lo que reivindican los trabajadores sino en el mismo hecho de que reivindican, porque es la reivindicación lo que

pone en tela de juicio la autoridad suprema y absoluta de una oligarquía que se ve amenazada así en sus privilegios.

Pareciera que el proletariado agrario andaluz tiene, un siglo después, los mismos problemas, que por él no ha pasado el tiempo y, por supuesto, tampoco las reformas. Que aquella guerra abierta que se inició a finales del siglo XIX lo que ha ido haciendo es cambiar de intensidad en función de la energía que las organizaciones jornaleras han sabido o han querido imprimir a la lucha de clases, porque del otro lado, la burguesía rural sigue todavía hoy jugando las mismas cartas que hace un siglo: obstaculizar las vías legales e impedir el desarrollo de políticas reformistas que pudieran modificar su estatus, mantener, al fin, las muchas injusticias, desigualdades y abusos que se siguen dando en el campo andaluz.

Hace un siglo, las derivas de la guerra social se trataban en la prensa burguesa desde la exageración, la tergiversación y la manipulación constantes y, si venía al caso, desde el terror, en la idea de fomentar un estado de alarma social propicio a los intereses de la oligarquía caciquil y la Iglesia a la que servían, señalando, de paso, contra quién debían dirigirse las fuerzas represivas y, por otra parte, deteriorar la imagen de los colectivos obreros al punto de disuadir de ellos nuevas adhesiones, desprestigiarlos y denigrarlos para aislarlos socialmente. Las campañas contra las acciones emprendidas por los sindicatos o contra personas vinculadas a ellos fueron el ingrediente básico de las noticias que la prensa burguesa ofrecía a sus lectores. Poco importaba que lo que se dijera fuera completamente falso, lo importante es que cumpliera con su función, que hicieran el mayor daño posible. Basta echar una ojeada a sus periódicos, no del siglo XIX, sino los de ahora, para constatar la saña con que se sigue persiguiendo al jornalero andaluz, tachado hasta la saciedad de vago, defraudador, subvencionado, tabernario, etc. Estamos ante la construcción interesada de una imagen que no sólo difama al obrero sino que, y esto es lo es más importante para la oligarquía, desacredita cualquier lucha que los jornaleros decidan emprender contra sus enemigos de clase, los convierte automáticamente en un sujeto al que difícilmente podremos mostrarle nuestras simpatías, nuestra solidaridad y nuestro apoyo. La prensa burguesa tapa y ocluye al jornalero andaluz hasta el extremo que lo que sabemos de él en estos cien años es únicamente lo que la prensa burguesa nos ha contado sobre él.



Aunque en realidad, qué quiere saber la oligarquía, cuando de lo que se trata es de reducir al otro a la más vil de las servidumbres, a la peor de las esclavitudes, a su eliminación física si en ello les va alguna ganancia. Así, los indios, que para Bartolomé de las Casas, son *“la mejor gente del mundo, y sobre todo la más amable, no conocen el mal, nunca matan ni roban, aman a sus vecinos como a ellos mismos y tienen la manera más dulce de hablar del mundo, siempre riendo”*, para su hermano de la orden dominica, fray Tomás de Ortiz, no son más que bestias que *“comen carne humana, son sodométicos, andan desnudos, se precian de embeodarse, son traidores, crueles y vengativos, inimicísimos de la religión, son haraganes, ladrones, no se guardan lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos, son hechiceros y agoreros y cobardes como liebres”*. Muchos atributos que, si no fuera por la fuerza de la espada, tan bien o mejor cuadraban a los cristianos protagonistas de su conquista.

La educación se puede entender como un derecho constitucional, como un negocio o sencillamente, como un estorbo, que es la consideración que tenía para el ministro Bravo Murillo, quien, a mediados del siglo XIX, fue un activo represor de la educación popular, cerrando toda escuela libre que los obreros conseguían establecer porque, según él, *“en España no necesitamos hombres capaces de pensar, sino bestias de trabajo”*. Escuchando estos días al ministro Wert hablar de que el Estado no se puede permitir el lujo de invertir en estudiantes malos o que los que no encuentren trabajo que emigren, podemos estar seguros de que Murillo estaría satisfecho con su sucesor.

Las Misiones Pedagógicas se pueden ver como el máximo exponente de la actividad revolucionaria de nuestros inte-



lectuales de la Edad de Plata de la cultura española, o bien como parte del programa político republicano que aquí se materializa en la pretensión por llevar el imaginario cultural de la burguesía (la poesía, el teatro y la pintura del Siglo de Oro) y las tecnologías de la cultura urbana de consumo espectacular (museo, teatro, cine, gramófono) a zonas todavía insertas en dinámicas propias del Antiguo Régimen que había que redimir para el capitalismo.

En pueblos donde la gente aún utiliza el arado romano ellos llevan documentales sobre las fábricas Ford y allí donde se iluminan con candiles, enseñan cómo se construyen las presas hidroeléctricas que iluminan las ciudades. Es la fe en el nuevo régimen político lo que llevan a los pueblos los misioneros republicanos, y como todo misionero, su labor es que el pueblo crea en el mensaje, aunque lo que anuncia ese mensaje de progreso material aún quede lejos y poco más que las imágenes fantasmales del cinematógrafo puedan argüir como pruebas los nuevos misioneros del progreso.

Sin embargo, frente al optimismo en el mundo futuro, dominado por la producción en cadena y las tecnologías, ni el krausista ministro de Instrucción Pública ni los cuadros de la intelectualidad orgánica republicana son capaces de pensar o mostrar un arte y una cultura igualmente de vanguardia. Al contrario, defienden como propia la del Siglo de Oro, paradójicamente asentada en los mismos modelos socioeconómicos del Antiguo Régimen que critican, dando lugar a una cultura neopopulista dominada por el romancero, las músicas populares, tradicionales o cultas, y el teatro de Calderón. Estamos, en fin, ante un conglomerado que remite a una estética españolista, tradicionalista, católica y rural, defendida también



por otros proyectos republicanos como *La Barraca* de García Lorca, que será asumida sin grandes conflictos por el fascismo español como propia.

Lo mismo puede decirse del que se sigue rememorando como buque insignia de intelectualidad española republicana: la Institución Libre de Enseñanza, pues por más que se trate de ocultar, es necesario reconocer que buena parte de los intelectuales y artistas que se terminaron acomodando al régimen franquista habían tomado parte muy activa en el impulso creativo que, sostenido por medios gubernamentales, se había conseguido imprimir a la cultura española durante los años treinta. Es el fascista Ernesto Giménez Caballero quien primero hablará de Edad de Plata de la cultura española para este periodo, y esto en los años más duros de la dictadura franquista que, como sabemos, fue la encargada de demolerla. En el *Noticiero de Cineclub*, creado en 1930 por el propio Giménez Caballero podemos ver a muchos de esos jóvenes intelectuales reflexionando sobre la crisis de la creación sobre un tejado de la Residencia, tal vez porque todos tenían muy bien asentados los pies en la tierra.

El film de Buñuel, *Tierra sin pan*, rodado en 1933, se construye como un alegato radical contra el fracasado e inoperante reformismo republicano. Con sustanciales variaciones, el film es sonorizado tres años después para ser estrenado de nuevo en París dentro del programa propagandístico del gobierno de la República para recabar apoyos a la causa del gobierno legítimo contra el golpe militar fascista. La película, a pesar de no haber sido estrenada jamás comercialmente en España, influyó decisivamente en el devenir hurdano hasta el punto que desde 1940, año en el que el régimen franquista inicia allí un importante programa de reformas para mejorar la vida de la población en esta zona, ningún gobierno de los



habidos en España desde entonces ha dejado de invertir y llevar a cabo proyectos en esta zona.

Mucho menos conocido es el proyecto mejor guardado de la dictadura franquista, tal vez por haber sido también continuado por el Estado democrático surgido de la transición. Nos referimos a la destrucción no sólo del patrimonio material de los anarquistas españoles, sino también a su persecución y aniquilación física y espiritual hasta hacer desaparecer esa otra manera de pensar, de estar, de entender y practicar esa sociabilidad igualitaria y colectivista sobre la que los anarquistas querían edificar el mundo nuevo. Desprestigiados por idealistas. Desautorizados, estigmatizados y perseguidos por violentos. Desaparecidos ellos y sus prácticas, la silueta de los vencidos se conservó en la memoria popular hasta poco más allá de lo biológicamente posible y aún ésta, tras siete décadas de represión, miedo y descomposición material y moral poco tenía que oponer a la visión mucho más interesada que desde el poder se había fijado de ellos y de ese tiempo: el anarquista de la bomba y la pistola, el malhechor abominable que sembraba el terror se construyó como propaganda desde los medios de comunicación burgueses al servicio del Capital, pasó a la historia oficial como otra herramienta más en la defensa y consolidación del Estado Nación y, después, sencillamente, el esperpento se convirtió en un personaje histórico que hoy nadie discute en señal de supina ignorancia sobre lo que en realidad fue el anarquismo para los españoles y especialmente para los andaluces.

Los anarquistas que un día ostentaron la más alta autoridad moral, la que emanaba de su coherencia y rectitud personal, de la confianza de sus vecinos y el compromiso con sus compañeros, fueron borrados como esa posibilidad que ellos ejemplificaron con sus vidas de querer vivir en la Anarquía. Un vivir que nada tendría jamás que ver con el Estado proletario soviético entonces reivindicado y admirado por la izquierda europea, ni con una pretenciosa redención que sólo alcanzara a la clase obrera, sino que, como queda dicho en un manifiesto de la FAI gaditana de 1933, en él caben "todos los seres humanos, sin distinción de sexo, nacionalidad, edad, profesión o posición social", porque para ellos el anarquismo suponía el final del egoísmo humano y el despertar a la armonía y la felicidad común, cualquiera que hubiera sido la actividad o la posición de la persona en el capitalismo. El 7 de junio

de 1936 tiene lugar en Jerez de la Frontera un pleno de la Federación Provincial de Grupos Anarquistas de Cádiz, allí confluyen delegados de Sanlúcar de Barrameda, Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules, Lebrija, Jerez, San Fernando, Paterna de Rivera y Puerto Serrano para decir esto mismo, *“que el hombre no es malo ni obra mal por naturaleza. Es el ambiente capitalista el que degenera y, a veces, lo transforma en un monstruo”*.

¿Pero quiénes eran estas personas? En octubre de 1931 son más de trescientos mil los trabajadores afiliados a la CNT andaluza, también hay abogados, profesores, artistas, son muchos los que viven encandilados por el Ideal. En 1933, el comandante del puesto de la Guardia Civil de Casas Viejas declara a la prensa que la tragedia se veía venir *“porque aquellos jornaleros estaban siempre leyendo”*. ¿Qué queda de aquellos hombres y mujeres que entregaron sus vidas a la Idea? Una figura paradigmática de esta actitud fue reclamada por el estudioso José Luis Gutiérrez Molina en su libro sobre la figura del chicanero Diego Barbosa, campesino, autodidacta, antimilitarista, vegetariano, animalista, naturista, nudista, hombre de una sensibilidad social sin igual, novelista y articulista en la prensa ácrata de los años veinte y treinta, tribunas desde la que denunció los toros como espectáculo macabro y embrutecedor y el flamenquismo como fenómeno alienante de las clases populares en la medida que las alejaba de todo horizonte de redención. También se cebó en sus textos contra el trabajo infantil, la prostitución, el alcoholismo, la democracia burguesa, los gobiernos, las supersticiones religiosas, la explotación de los trabajadores y sus malas condiciones de vida, mientras que en otros hace una encendida defensa de la educación popular, la eugenesia o los derechos de la mujer y de la necesidad de ésta de abandonar su papel subalterno y emprender el camino

de su liberación... Barbosa desconfiaba de las mayorías silenciosas, dominadas por la ignorancia, prestas a formar bajo el látigo del poder y en torno a intereses que nunca son los intereses de los de abajo, como ocurrió durante la I Guerra Mundial, esa brutal masacre de obreros. Asesinado por los fascistas en 1936 hoy, Diego Barbosa, es sólo un nombre en la larga lista de los olvidados que lucharon y soñaron con una sociedad nueva.

Otro personaje igualmente desconocido del anarquismo español es Isidre Nadal Baqués, alias Llum de la Selva (18??-1983), rescatado del olvido por Eduard Masjuan en su libro *Medis obrers i innovació cultural a Sabadell (1900-1939)*. Llum de la Selva, que conocerá de primera mano las colonias tolstoianas de finales del siglo XIX instaladas en Cataluña, participa, durante los años veinte, en la dinamización del grupo anarquista Idea i Cultura, mientras se embarca en el proyecto de poner en marcha la Granja Natura de Can Rull, que se convierte rápidamente en un gran huerto con árboles frutales donde construye con sus propias manos la que será desde entonces su casa, el Jardí de l'Amistat, un lugar para la reflexión y el intercambio de conocimientos sobre la agricultura orgánica, el respeto a la naturaleza como espacio sagrado y la extensión del ideario de la no violencia. Allí llevará una vida ascética, frugal, desprovista de todo lujo material. En 1936 participará en las colectividades agrícolas de Sabadell, construye una biblioteca que se nutre de libros naturistas y pacifistas, impulsa proyectos de colonias naturistas, agrícolas y artesanas para familias que quisieran vivir en pequeñas comunidades con objeto de conseguir la autosuficiencia alimentaria en ellas y fundar un régimen de vida basado en el desarrollo de la vida espiritual, el estudio de la naturaleza, etc., sin acumular bienes y rechazando el uso del dinero que para Llum eran dos de los más importantes factores de disputas y violencias entre los seres humanos.

Frente a la vulgata marxista, los anarquistas tenían claro que de nada valía transformar la infraestructura esperando que de ella emanase una superestructura nueva, porque o bien ambas se modifican a la vez, incluso adelantándose uno, desde lo personal, en su propia transformación ideológica, o bien las viejas formas de vida, en su asombrosa consistencia, llegan a neutralizar, socavar y finalmente dar al traste con las nuevas estructuras conquistadas cuando lo indiscutible no se pone en duda, es decir, cuando la propie-



dad privada se vive y se piensa como natural y cuando el trabajo y la cultura se viven como esferas escindidas.

Y es que a la Anarquía se la puede temer por los que la traducen en caos, falta de autoridad y gobierno, pero también se la puede mitificar como la situación social donde falta el comienzo (arché), el principio; donde el mando y la ley han sido desterrados y todo puede comenzar entonces como posibilidad; donde los materiales históricos se resisten a una lectura lineal y positiva porque la ausencia de autoridad impide cualquier relato de poder o, lo que es lo mismo, hace de cualquier relato un relato con el mismo estatus que otro, pues ninguna resistencia encuentra para ello ni ninguna institución impide que suceda tal cosa. Estamos pues ante un orden superior a cualquier otro, un orden que no tiene que recurrir a la violencia, la represión, la censura o la opresión porque este orden tiene que ser descubierto y puesto en práctica por cada individuo de la única manera que los anarquistas conocen, es decir, viviéndolo como resultado del rechazo de toda dominación y negando cualquier modelo de conocimiento preestablecido.

Así, por ejemplo, frente a la destrucción de objetos sagrados durante la revolución española, fueron muchos militantes cenetistas y faistas quienes, desde los principales medios de difusión anarcosindicalistas y también a través de anuncios en la radio y carteles en la vía pública, hicieron un llamamiento para detener la destrucción de imágenes, obras de arte y libros religiosos. Cuando hacían esto, no les movía sino el deseo de dar a luz a una nueva semántica que diera, al cabo, una nueva clasificación, una nueva tipología donde los cuadros del Greco se expondrían en los museos de arte moderno y los tratados teológicos se debatirían entre los anaqueles de los libros fantásticos o de terror. Como bien ha expresado Pedro G. Romero, lo que los anarquistas españoles proponían, no sólo frente a la destrucción del patrimonio religioso, sino en todos los órdenes de la vida, era una revolución taxonómica, un cambio en la manera de pensar el mundo. ¿Acaso no lo hizo la iglesia igual cuando le convino? Ahí están las escuelas monásticas cluniacienses altomedievales, símbolo absoluto de la edición y erudición de una época. Focos de producción escrituraria que lo mismo sirven para reconfigurar el saber del pasado ajustándolo al presente, que para generar historias y devociones milagrosas ajenas al imaginario popular o, mucho más acá, certificar títulos de



propiedad eclesiástica sobre dudosos diplomas de donaciones, como los conservados del escritorio emilianense, para justificar la posesión de un extenso patrimonio monacal constantemente amenazado por las presuras de la rapacidad nobiliaria y que les sirve a los monasterios, de paso, para cobrar anualmente censos, votos e impuestos expedidos bajo la coacción del castigo divino.

Del mismo modo, un partido político puede verse como un conjunto de ciudadanos que, guiados por una ideología que se concreta en un programa social, económico y ético, se postulan como candidatos para formar gobiernos y ocupar cargos gubernamentales y legislativos con el apoyo del electorado, o bien como una casta aparte que, lejos de expresar los deseos del ciudadano, se dedican precisamente a todo lo contrario, contener, controlar y manipular a la ciudadanía para que ni desarrollen una voluntad independiente ni, decepcionados por el juego electoral, eso le parezca posible o deseable.

Un alcalde puede querer derribar las viejas ruinas de un convento para levantar en su lugar una hermosa plaza ajardinada, como le ocurrió en Cádiz a Fermín Salvochea con el convento de la Candelaria y ver cómo se le echa encima toda la buena sociedad gaditana, que llega



a recurrir hasta al mismísimo Castelar para impedirlo, y comprobar cómo en la actualidad esa hermosa plaza ajardinada no solo lleva el nombre de Castelar sino que ostenta en ella una estatua del máximo traidor de la causa republicana mientras el nombre y la memoria de Fermín Salvochea se difumina cada vez más en las brumas del tiempo.

Un Estado que divorcia la Ética del Derecho, bien podríamos considerarlo esquizofrénico si no fuera porque la naturaleza del Estado se basa precisamente en este repudio que se salda, por una parte, con el reconocimiento de la democracia como pilar básico de su legitimidad y, por otra, por unas actuaciones y prácticas políticas, sociales y económicas que la desmienten. En 2002, la Casa Blanca, para referirse a los Estados terroristas, malvados y que, por tanto, son susceptibles de destruir, elaboró un nuevo concepto, el de Estado Canalla, que quedaba definido, entre otras cosas: por usar la violencia contra su propio pueblo y despilfarrar la riqueza nacional en beneficio personal de sus dirigentes, apoyar al terrorismo internacional y rechazar los valores humanos, no mostrar consideración alguna por el derecho internacional, violar los tratados internacionales y poseer armas de destrucción masiva y tecnología militar avanzada con la que pueden amenazar a otros países para lograr, incluso por la fuerza, sus objetivos. El decálogo no deja de ser sorprendente si tenemos en cuenta que una valoración detenida del mismo nos lleva a una conclusión absurda, los Estados Unidos se estaban definiendo así mismo como Estado Canalla. Es la ventaja del esquizofrénico, que es capaz de integrar en su actividad el asesinar y auxiliar a las víctimas al mismo tiempo.

El pequeño accionista de BP, Chevron, ConocoPhillips, Exxon-Mobil, Shell, JP Morgan Chase o Monsanto puede sentir, al retirar sus beneficios anuales, la misma dicha que aquellos israelitas que en el desierto veían caer el Maná divino o puede preguntarse, como en la canción, ¿de dónde sale tanto parné? Enrique Bocardo, en su libro *La política del negocio: como la administración Bush vendió la guerra de Irak*, nos lo aclara: de la muerte de 122.000 niños menores de cinco años, de la extensión del hambre a 4 millones de personas, de reducir a la pobreza absoluta al 69% de la población campesina, de dejar a las tres cuartas partes de la población de Iraq sin agua ni sanidad, de reducir a chabolas las viviendas de once millones de personas, de mandar a Siria para prostituirse a cincuenta mil mujeres iraquíes, de detener a tres mil personas y de dejar 620.000 viudas sin ningún tipo de ayuda estatal. El resultado de estas medidas sobre la población se tradujo en beneficios para las citadas corporaciones que sumaron más de un billón de dólares en el periodo 2002/08. A este billón habría que sumarle otro que fue arrancado al erario público norteamericano y entregado a las corporaciones del complejo militar industrial para sufragar los gastos de una guerra en la que se había empleado fósforo blanco, bombas incendiarias y uranio empobrecido que, como todos sabemos y el mismo presidente Bush nos recordaba en su *Addresses the Nation: Operation Iraqi Freedom*, se había hecho para liberar al pueblo iraquí, llevarle la democracia, la libertad, el progreso y la esperanza. ¿A qué nos recuerda esto de que la lucha contra el terror sea dirigida por la nación que da cobijo al mayor número de terroristas, torturadores y violadores de los derechos humanos?

Sin embargo, otro pequeño accionista, ahora de la empresa química Bayer puede verse afectado por la psicosis, convenientemente alimentada por los medios de comunicación, que despertó el hallazgo de varios sobres con ántrax enviado a través del servicio postal norteamericano en 2001 como actos del terrorismo islamista. El hecho de que se descubriera un año después que el ántrax fuera enviado desde las instalaciones militares de Fort Detric, en Maryland, poco importaba. A esas alturas, Bayer había ganado, para tranquilidad de sus accionistas, más de cien millones de dólares con su supuesta vacuna, salvando a la compañía de la quiebra técnica en la que se encontraba antes del suceso. Menos parece importar aún que frente a los cinco muertos por los envíos de

ántrax, la vacuna de Bayer matara más de mil personas a consecuencia de sus efectos secundarios. ¿Estaría nuestro pequeño accionista entre ellos, le habría dado tiempo de recoger beneficios?

La falta de principios éticos, el pragmatismo, la ausencia de empatía y la disposición para explotar y utilizar a otras personas sin albergar ningún tipo de remordimiento es un rasgo psicopatológico bien estudiado, pero también son valores corporativos que están en la raíz del negocio de todas las multinacionales capitalistas. Los espectaculares salarios de sus ejecutivos hacen más llevaderos los problemas de conciencia.

Así, en la Convención Demócrata Barak Obama puede ser presentado por un latino como candidato a la reelección como presidente de los Estados Unidos, incidiendo de este modo en la imagen de protector de los desfavorecidos y las minorías así como promotor de numerosos programas sociales, pero también alguien le podría recordar a su presentador, y de paso a sus electores, que fue Obama quien, entre 2005 y 2006, promovió dos propuestas legislativas, la *Secure America and Orderly Immigration Act*, y la *Secure Fence Act*, dos leyes que han convertido a Obama en el presidente de los USA que más latinoamericanos ha deportado en la breve historia del país.

Para ayudar a su marido en la campaña, Michelle Obama fue retransmitida hasta la saciedad cultivando vegetales ecológicos en su huerto de la Casa Blanca. Menos difusión tuvieron, sin embargo, las imágenes de su marido colocando a altos ejecutivos de Monsanto en los puestos claves de su administración para decidir sobre temas agrícolas y alimentarios, entre ellos, la gestión de la llamada “república de la soja” que la multinacional ha configurado barriendo las fronteras de Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Brasil. Mientras estos Estados se preparaban para celebrar el bicentenario de su independencia a bombo y platillo, ninguna información aparece en la prensa sobre esta nueva forma de colonialismo que, solo en Argentina, ocupa el 50% de toda la superficie cultivada, dedicada, en casi su totalidad, al cultivo de soja transgénica de Monsanto, Syngenta y sus filiales locales. Mientras en los simposios sobre la independencia de las naciones americanas se insiste en la machacona cantinela del genocidio indígena ni una palabra se oye sobre la utilización

del herbicida Roundup, nombre comercial del glifosato de Monsanto del que, solo en la campaña 2007/08, se han vertido en Argentina 180 millones de litros, convirtiendo al país en un experimento masivo desde el punto de vista ecotoxicológico.

Por desconcertante que parezca, un estudio de J. S. Hacker y P. Pierson que lleva por nombre *Winner Take all Politics: Public Policy, Political Organization, and the Precipitous Rise of Top Incomes in the United States*, ha demostrado que el aumento de la desigualdad social y la concentración cada vez más abusiva de la riqueza en pocas manos en las democracias capitalistas, lejos de concentrar al electorado sobre las opciones de voto que defienden la redistribución de la renta y una mayor justicia social lo hace justamente sobre los partidos que están llevando a cabo este programa político antisocial que reclama del ciudadano medio grandes sacrificios personales, altas cotas de sufrimiento social y la desviación de fondos públicos hacia el sector privado. Una de las patas de este misterio hay que buscarla, sin duda, en el sentido que adquiere la propiedad individual pues, en tanto es enemiga de la igualdad y la justicia, hace que los que tengan algo, por poco sea, se sientan inmediatamente solidarios con los que tienen mucho o casi todo, en vez de con los que no tienen nada. El planteamiento no deja de ser absurdo, porque el que tiene poco bien podría pensar que renunciando a defender la propiedad ésta no se sostendría porque los que tienen mucho o casi todo son demasiado pocos como para defenderla, con lo cual todos podrían tenerlo todo. Decía Fermín Salvochea hace más de un siglo que el comunismo libertario y la anarquía ya habrían llegado si no fuera por la “*fuerza bruta que los mismos desheredados ponen imbécilmente en manos de aquellos que les aprietan las cadenas y les oprimen el corazón*”. ¿Y que reciben a cambio? Fermín Salvochea lo tenía claro, reciben la gracia de ser devorados, de que sea su sangre, sus músculos, sus huesos y, en fin, su vida, lo que veamos si miramos con atención las mansiones, los trajes, las joyas, las catedrales, las cárceles, los cuarteles y los parlamentos de los capitalistas. Esta es otra de las patas del enigma. ¿Por qué los que tienen poco, ante una situación de crisis que puede hacer empeorar aún más su situación, no responden con una práctica solidaria, común, concertada y revolucionaria contra los que lo tienen todo y en cambio responden solicitando líderes y manifestando aún más fervorosamente su ansia

de sumisión? Como niños que buscan a un padre para que cuide de ellos, los dominados, lejos de cualquier práctica emancipadora, se echaron en los años treinta en brazos del fascismo igual que hoy lo hacen en brazos de los partidos al servicio del oligopolio transnacional. Encontramos aquí la tercera pata de este misterio sobre el que se asienta el poder de unos y la sumisión de otros, pues como niños, las masas se manifiestan como irresponsables y por tanto incapaces de decidir colectivamente sobre su futuro. El resultado es un mundo enfermo y asustado, ganado por la desconfianza mutua y la corrupción material y espiritual; con sociedades que ya no son, que se han fracturado, desintegrado, y en las que la vida ha sido alienada, transferida hacia lo virtual, enloquecida por el espectáculo y sus mercaderías hasta alcanzar un estado de insensibilidad moral absoluto que ha rehabilitado un egoísmo extremo, capaz de hacer que los problemas personales individuales borren todos los demás. Un estado en el que todo es justificable mientras las justificaciones vengan elaboradas desde el poder y sus aparatos de propaganda, mientras el sacrificio, invariablemente de los que tienen menos, se plantee como inevitable y conveniente. Un estado donde la inteligencia, la razón común, se halla en tal grado de descomposición que es incapaz de distinguir la apatía de la resignación.

En el Consejo de Ministros, el de Economía puede felicitar al comunicar a sus homónimos que España ya es la sexta potencia mundial en venta de armas y a continuación la ministra de Educación hacer lo propio al informar que el Día de la Paz, la Convivencia y el Desarme se ha celebrado en todos los colegios e institutos del país con enorme éxito. Igualmente, el ministro de Industria se puede felicitar (y con él una larga lista de constructores, empresarios, financieros, políticos locales y autonómicos, etc.), de que ha sido instalada una línea de alta tensión, un gaseoducto, un vertedero, un parque temático o las vías de un tren de alta velocidad con gran éxito y sin apenas costes sobre los restos de un bosque previamente calcinado por unos inexplicables incendios forestales. A continuación, el ministro de Medio Ambiente, escondiendo la reforma de la Ley de Montes, puede volver la mirada hacia el de Justicia, al que se le lleva reclamando hace años la modificación del Código Penal, este al de Administraciones Territoriales que les recordará que los incendios forestales son competencia de las Comunidades Autónomas, este al de Interior que tal vez exclame que

el SEPRONA no da abasto (pues apenas son algo más de sesenta unidades de prevención e investigación para toda España), para pasarle la pelota al de Economía que tal vez se haga un avión con la Ley del Suelo, éste al Presidente del Gobierno que, como no sabe ni de qué le están hablando, mirará al ministro de Industria que se encoje de hombros para recordarnos que la guerra es la guerra.

Tampoco la identidad racial nos asegura la inmediata solidaridad de nuestros pretendidos hermanos. Lo que da para reflexionar sobre el valor de tal rasgo como atributo de cohesión comunitaria. Brian Ward nos lo recuerda en su libro *Just my soul respondig. Rhythm and Blues, black consciousness and race relations*, allí, al hablar de la lucha por los derechos civiles revela el escaso apoyo prestado por los cantantes de color (con las notables excepciones de Nina Simone o Mahalia Jackson), a una causa por la que Joan Báez, Peter Seeger, Bob Dylan o Harry Belafonte hicieron más que todos los cantantes negros de soul juntos. Mucho más atrás en el tiempo pero igualmente efectivas, pues siguen ocultas en la continuidad de las instituciones patriarcales, encontraríamos a las mujeres, desaparecidas por la propia masculinización de la Historia y el pacto patriarcal de silencio en torno a su subordinación. Un tema sobre el que la historiografía indigenista sigue pasando de puntillas, olvidando que el patriarcado no llegó con los colonos, en los barcos.

Mucho menos el deseo, por muy compartido que sea, como les ocurre a los estadounidenses con su idea de que poseen el ejército más poderoso de la historia. El más poderoso y donde el suicidio mata más soldados que las acciones de combate. Uno diario.

Y si la identidad del sujeto, como hemos visto, hace aguas, qué podríamos decir de la de los lugares construidos para generar identidad, entre ellos el lugar por excelencia donde la burguesía sostiene con ella misma su monólogo elogioso: el museo. Esa narración de poder, esa exposición de valores sociales impuestos a través de la violencia cultural de una élite política y económica, ese contenedor de símbolos cosificados, fosilizados, pero no por ello desactivados, inofensivos, porque siguen hablando como lo que son, como lo que representan, control social dentro de otra de las instituciones de control social, vehículos a través de los que la burguesía impone a los individuos sus valores culturales y su visión de la realidad.

No menos importante en este cometido de construcción de la realidad es el periódico, bien lo sabía el banquero Juan March cuando sostenía con su dinero dos cabeceras, *La Libertad*, de izquierdas, e *Informaciones*, de derechas.

Las minas de Carmaux, famosas por la combatividad de sus obreros y sus huelgas violentas durante el siglo XIX, pueden verse como uno de los lugares donde el pueblo se levantó contra el Estado y, aunque sólo fuera momentáneamente, le venció, o bien como el actual centro multiocio en que el Estado francés las han convertido a base de pistas para practicar skateboard, montar en bici o presenciar simulaciones de explosiones de gas grisú para deleite de los turistas.

El barrio gótico de Barcelona se puede ver como un resto musealizado de un pasado mítico sobre el que se construye hoy el nacionalismo catalán o bien como el producto ideológico de una burguesía que se hace nacionalista cuando el Estado español, después de perder las colonias, ya no tiene nada que ofrecerle y, arrebatada por la añoranza de un tiempo que nunca existió, inventa, diseña y construye un barrio en donde autoexhibirse mientras que destruye otros auténticamente góticos pero que no encajaban en el modelo mítico que ella quería fijar. Y lo mismo ocurre con las ermitas, conventos e iglesias góticas y románicas, hoy reivindicadas como la más genuina expresión del arte nacional catalán, cuando en realidad lo que ha ocurrido es que las enormes pérdidas de riqueza patrimonial ocurridas en la región durante los últimos doscientos años (Guerra de la Independencia contra los franceses, guerras carlistas, desamortizaciones varias, Semana Trágica, revolución de 1936, etc.) han liquidado gran parte de sus tesoros barrocos y, cuando se ha decidido restaurar sus ruinas, se ha hecho dentro de las claves ideológicas del catalanismo, con sucedáneos y pastiches del llamado estilo gótico vernáculo, defendido como seña de identidad nacional.

La Vía Laietana se puede ver como el primer ensayo de construcción de la ciudad moderna de Barcelona, con sus grandes y flamantes edificios flanqueando la ancha avenida, o bien como otro movimiento más de especulación urbanística que supuso el enriquecimiento de unos pocos y la desaparición de 74 calles, 2.200 viviendas y el desalojo y expulsión de 10.000 vecinos. La misma lectura permiten hacer los 55 solares eclesiásticos arrasados por

la multitud durante la Semana Trágica barcelonesa. La iglesia no solo mantuvo la titularidad de los mismos sino que aprovechó para especular con esos solares, reorganizar y racionalizar las múltiples y desordenadas órdenes religiosas que actuaban en la ciudad y, por último, capitalizar los hechos para resaltar de ellos su condición de víctima expiatoria.

La colonia Güel se puede ver como un símbolo del paternalismo industrial de la burguesía catalana enriquecida en Cuba con el tráfico de esclavos y armas o bien como un lugar de encierro para más de setecientos obreros vigilados, en el punto más alto, por la casa del amo.

El conjunto del patrimonio histórico inmobiliario español se puede vender como protegido, restaurado, adecentado y ocupando las zonas del centro de los pueblos y ciudades en aras a la naciente musealización de estas zonas en nuestros pueblos y ciudades o bien, como recuerda José Manuel Naredo en *Luces en el laberinto*, nos podemos rendir a la evidencia de que nuestro país ha sido líder europeo en la destrucción del mismo, hasta el punto de contar con menor porcentaje de viviendas anteriores a 1940 que Alemania, que, como sabemos, quedó literalmente arrasada tras la II Guerra Mundial.

La moderna y próspera burguesía industrial que despunta en la España del último tercio del siglo XIX se puede volver nacionalista en la medida que no se reconoce en los viejos partidos dinásticos de raíces agrarias y casi feudales y por eso mismo triunfar en Cataluña y Euskadi y fracasar en Galicia o Andalucía. Pero esa misma burguesía nacionalista se torna españolista cuando ve peligrar su personalidad y sus propiedades, es decir, cuando no le queda más remedio que reconocer que es el ejército español el que, una vez tras otra, la defiende de la revolución social. Y es que por muy importante que sea la identidad nacional, es mucho más importante seguir conservando sus bienes, sus intereses económicos y su estatus, es decir, seguir siendo burgués aunque haya que afilarse, según qué coyunturas, al PCE, al PSUC, a FET de JONS o al partido del mismísimo demonio.

Y es que lo que llamamos nacionalidades en realidad no son más que Estados sin ejércitos. Lo descubrió Cataluña durante la Guerra de Sucesión, cuando ante las barbaridades que estaban cometiendo las tropas de Felipe IV

estacionadas en Girona, los campesinos se alzan en armas, llegando a tomar Barcelona y asesinar al mismo Virrey, hechos que dan alas a las clases dirigentes catalanas para soñar con su independencia. Pero en estas circunstancias, buscar el apoyo de Francia sólo servirá para que otro Estado invada Cataluña y sus ejércitos cometan aún peores tropelías que las de las tropas castellanas.

En la misma medida, con la complicidad de los medias, los obreros pueden ser alentados a discriminarse en estas comunidades autónomas entre emigrantes y autóctonos; y además, junto con los del resto del país, orientados a que acojan como suyos los valores de la burguesía nacionalista española o los valores de la burguesía nacionalista periférica. En ambos casos la intención es la misma, desactivar la lucha de clases. Para ello se puede inventar un partido, como el Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, financiado a estos efectos con fondos reservados del Ministerio de Gobernación, una liga de fútbol, una tradición, un cante o una mara.

Más acá, también la mismísima transición española se puede vender como un modelo de instauración de la democracia burguesa o como un pacto de olvido y autoamnistía por parte de los vencedores de la guerra civil a los que ya no les servía el modelo político y económico tardofranquista.

Al miedo se le puede llamar un día 25 años de Paz, y veinticinco años después pacto social.

El futuro lo podemos empezar a escribir entre todos, con nuestras acciones y nuestras resistencias o podemos volver la cabeza hacia el televisor y rogarle que no nos despierte del sueño del capital, de la mentira y la servidumbre a la que servimos con nuestro trabajo y nuestras vidas. Hace cincuenta años nos íbamos a la cama llenos de optimismo sobre el futuro, completamente relajados tras leer aquel estudio norteamericano, publicado bajo el nombre de *Toward the year 2000: Work in progress*, que auguraba, para esa fecha, un mundo de riquezas bien distribuidas, proliferación de energías limpias y no contaminantes, conservación y regeneración de los recursos naturales y, en esta misma línea triunfalista, declaraba la pobreza casi completamente erradicada de un planeta donde por fin la humanidad había dejado atrás las guerras y vivía en paz y armonía con el medio ambiente y el resto de los seres

sintientes. Hoy este texto de propaganda puede hacernos esbozar una sonrisa, pero cincuenta años después los medios de falsinformación y propaganda siguen, si no diciendo estas cosas, sí otras muy parecidas con que tranquilizarnos cuando no, directamente, anestesiarnos. La tesisura, por tanto, continúa abierta, porque el problema no consiste tanto en tener razón sino en tener demasiada razón, tener tanta razón que ésta sea insoponible para las personas comunes y sensatas, es decir, para casi todo el mundo, pues ante el exceso de verdad y de realidad, la mayoría de las personas suelen responder con el rechazo histérico, negándose al reconocimiento de su propia servidumbre y su participación cómplice en esta absoluta tomadura de pelo que vivimos desde el punto de vista político y económico, en los mejores casos, algunos responden con una tibia pero distante aceptación de la verdad y al instante la respuesta resignada que nos recuerda que es que así son las cosas; en los mejores casos, algunas personas dan un paso más, invocando una utopía que desearían más asequible pero la cual suponen casi absurda. Como bien reconoce Christian Ferrer, reflexionar y comunicar desde parámetros libertarios en épocas de conformismo generalizado es una labor verdaderamente penosa, pero intentar reflexionar, comunicar y soñar en términos libertarios es nuestro deber en estos malos tiempos si queremos verlos cambiar.

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, J. (2005): *Alejandro Lerroux: el emperador del paralelo*. Barcelona.
- ARENAS, C. (2012): *Las Sierpes: memorias de un periodista republicano*. Sevilla.
- BARRIE, J.M. (2004): *The adventures of Peter Pan*. Madrid.
- BOCARDO, E (2012): *La política del negocio: como la administración Bush vendió la guerra de Irak*. Sevilla
- IBARZ IBARZ, M. (2003): *Buñuel documental: tierra sin pan y su tiempo*. Zaragoza.
- Carroll, L. (2002): *Alicia en el país de las maravillas. Alicia a través del espejo. La caza del Snark*. Madrid.
- CASAS, LAS B. (1958): *Obras escogidas*. Madrid.
- ESCOTT, J. (1998): *Aladdin and other stories from the Arabian nights*. Madrid.
- ESPINOSA MAESTRE, F. (2012): *Contra la república. Los sucesos de Almonte de 1932. Laicismo, integrismo católico y reforma agraria*. Sevilla.



- ESOPO (2006): *Fábulas*. Madrid.
- GIMÉNEZ CABALLERO, E (2009): *Arte y Estado*. Madrid.
- GROENING, M. (2001): *Bart Simpson, guía para la vida*. Barcelona.
- Gutiérrez Molina, J. L. (1996): *La anarquía según Andalucía*. Sevilla.
- GUTIÉRREZ MOLINA, J. L. (2001): *El anarquismo en Chiclana*. Cádiz.
- HACKER, J.S.; PIERSON. P. (2010): *Winner Take all Politics*. New York.
- HUERTA CALVO, J. (2013): *La Barraca de García Lorca: entre el teatro y la utopía*. Madrid.
- JIMÉNEZ-LANDI MARTÍNEZ, A (2012): *Breve historia de la Institución Libre de Enseñanza (1896-1939)*. Madrid.
- HITLER, A (1984): *Discursos*. Madrid.
- MARTÍNEZ DE LEÓN, A. (2012): *Oselito en Rusia. Oselito extranjero en su tierra*. Córdoba.
- MASJUAN, E. (2006): *Medis obrers i innovació cultural a Sabadell (1900-1939)*. Barcelona.
- MATO ORTEGA, J. M; MORENO TELLO, S. (1978): *Fermín Salvochea (1842-1907): historia de un internacionalista*. Cádiz.
- MUIÑA FERNÁNDEZ, A. M. (2008): *Rebeldes periféricas del siglo XIX: pioneras en tiempos salvajes*. Madrid.
- NAREDO, J. M. (2010): *Luces en el laberinto*. Madrid.
- OLMOS ALMIÑANA, D. (2012): *El gabinete del doctor Caligari*. Madrid.
- PADRÓ, J. (2002): *La colonia Güell: industria, arquitectura y sociedad*. Barcelona.
- PEÑA GONZÁLEZ, J. J. (2008): *Alejandro Lerroux y la parodia de un régimen*. Barcelona.
- POSADA, A. (1981): *Breve historia del krausismo español*. Oviedo.
- PRO RUIZ, J. (2006): *Bravo Murillo*. Barcelona.
- PUERTO, J. L. (2010): *Miguel Hernández en las misiones pedagógicas por tierras salmantinas*. Salamanca.
- VALLINA, P. (2012): *Fermín Salvochea: crónica de un revolucionario*. Sevilla.
- SHELLEY, M. W. (1964): *Frankenstein*. Madrid.
- VERNE, J. (2008): *20.000 leguas de viaje submarino*. Madrid.
- Verne, J. (2008): *París en el siglo XX*. Madrid.
- VV.AA. (2013): *Arte al detalle: siglo XIX*. Barcelona.
- VV.AA. (2008): *Ensayo sobre El gabinete del doctor Caligari de Robert Wiene*. Madrid.
- VV.AA. (2000): *Toward the year 2000: Work in progress*. Boston.
- WARD, B. (1998): *Just my soul respondi. Rhythm and Blues, black consciousness and race relations*. New York.